

Contexto

Revista Anual de Estudios Literarios | Vol. 23 - Nro. 25
e-ISSN: 2610-7902 | e-Depósito Legal: ME2018000066

Arráncame la vida: una novela sobre la feminidad, el patriarcado y la maternidad ***Arráncame la vida: A Novel about Femininity, Patriarchy and Motherhood***

Arrancame la vida: un roman sur la feminite, patriarcat y maternite

Recibido 19.09.18

Aceptado 30.11.18

Malena Andrade Molinares

Universidad de Los Andes (Venezuela)

malena.victor@gmail.com

Resumen: Las disertaciones del siguiente artículo se hicieron argumentando cómo el patriarcado y la maternidad cercan y determinan la construcción social de la feminidad, vista a través de lo que postula la novela *Arráncame la vida* [1985]. Se pretende mostrar, por medio de la hermenéutica como camino interpretativo, el poder ejercido por el protagonista de la novela sobre su joven esposa: una campesina que con el transcurrir del tiempo se transforma en una mujer decidida e independiente. También se intentó dejar claro el contexto histórico donde se desarrollan los acontecimientos, y cómo este incide de manera particular en la historia íntima de una joven adolescente. Como conclusión se cierra con la idea de que la novela muestra la neutralización de la mujer en un sistema patriarcal, ya que esta, desde el silencio y el insilio doméstico, evidencia claramente su posición servil, reafirmando los dominios sobre una feminidad dócil, pueril, inocente y desprotegida.

Palabras clave: feminidad, patriarcado, feminismo, sujeciones identitarias, literatura mexicana.

Abstract: The following article discusses how patriarchy and motherhood delimit and determine the social construction of femininity, seen through what the novel *Arráncame la vida* (Tear Off My Life) [1985] expounds. We intend to show through hermeneutics as an interpretive way, the power exerted by the protagonist of the novel over his young wife – a peasant woman who eventually becomes a strong and independent woman. We also attempted to clarify the historical context in which events unfold and how it impacts particularly in the intimate story of a young teenager. It concludes with the idea that the novel shows the neutralization of women in a patriarchal system, as these, from silence and domestic “internal exile”, clearly evidence their servile position, reaffirming the domains on a docile, childlike, innocent and unprotected femininity.

Keywords: femininity, patriarchy, feminism, identity fastenings, Mexican literature.

Resumé: Les dissertations de cet article ont été faites en considérant le patriarcat et la maternité qui encerclent et déterminent la construction sociale de la féminité, vue à travers ce qui est énoncé dans le roman *Arráncame la vida* (1985). On a l'intention de montrer, à l'aide de l'herméneutique comme voie interprétative, le pouvoir exercé par le protagoniste du roman sur sa jeune épouse, une paysanne qui, avec le temps, devient une femme décidée et indépendante. De même, on a essayé de préciser le contexte historique où les événements se sont développés, et comment cela affecte de manière particulière l'histoire intime d'une jeune fille. En guise de conclusion on finit avec l'idée que le roman montre la neutralité de la femme dans un système patriarcal, puisque celle-ci, dès le silence et l'emprisonnement domestique, expose clairement sa position servile, en réaffirmant le pouvoir sur une féminité docile, puérile et sans protection.

Mots-clés: féminité, patriarcat, maternité, féminisme, subjections identitaires, littérature mexicaine.

¿Cómo citar?

Molinares, M. E. (2019). *Arráncame la vida: una novela sobre la feminidad, el patriarcado y la maternidad*. *Contexto*, 23(25), pp. 75-84.



UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES
VENEZUELA



Si existe algo propio de la mujer es, paradójicamente, su capacidad para des-apropiarse sin egoísmo: cuerpo sin fin, sin extremidad, sin partes principales, si ella es una totalidad es una totalidad compuesta de partes que son totalidades, no simples objetos parciales, sino conjunto móvil y cambiante.

Helena Cixous. *La risa de la medusa*, p. 49.

PALABRAS INICIALES

Ángeles Mastretta es una de las escritoras más conocidas en México, y su producción literaria ha trascendido a todos los espacios de la América hispana. Su obra prima es *Arráncame la vida*, publicada en 1985. La mayoría de sus obras tratan el tema de la política y las mujeres, y la forma como ambos tópicos se han desarrollado casi paralelamente y en puntos fronterizos que se definen en espacios de dominio y poder.

En este artículo se expone cómo, a lo largo de la novela *Arráncame la vida*, existe una permanente insistencia del personaje Andrés Ascencio por infundir en su esposa, Catalina, placer y disciplina, conceptos opuestos pero que, mirados por un caudillo, parecen no tener ninguna diferencia. En la novela, el placer está ligado al poder político desmesurado, corrupto e irrespetuoso, dirigido por un hombre que supo aprovechar las prerrogativas que los cargos políticos le otorgaron. Aunado a esto, la narradora fusiona el placer a lo libidinoso, expuesto por medio de formas verbales que enuncian una manera de ver el mundo de las mujeres de comienzos del siglo xx. La disciplina, en cambio, es utilizada para dogmatizar el pensamiento de la protagonista, y hacer que ella, gracias al simulacro, finja ser abnegada, para finalmente transformarse en una mujer infiel capaz de cometer cualquier acción, pues busca desesperadamente ser comprendida. Como única salida, solo la muerte de Andrés Ascencio, su esposo, reivindicará su libertad y la de otras mujeres que por un largo tiempo fueron irrespetadas.

Ahora bien, resulta significativo que la narradora, de manera muy astuta, salte en el tiempo y, de 1930, traslada al lector a 1910; paralelamente va entretejiendo la historia de Andrés Ascencio con su primera esposa Eulalia y los acontecimientos políticos entre Álvaro Obregón y Pancho Villa, líderes y caudillos de la Revolución mexicana. Los acontecimientos históricos que sucedieron en la realidad se van yuxtaponiendo con una historia íntima de opresión de una mujer que quiere ser amada. Cree esta que, por medio del amor, encontrará la felicidad, creencia femenina típica para la época que muestra la narradora.

El plano subjetivo que representa Catalina se va configurando con toda una red de filiaciones política, artificios y corrupciones que se organizan a la par. Así, en la confluencia de varias mujeres en una sola, se va constituyendo una historia real que se entremezcla con una historia íntima, donde el poder y lo material se van correspondiendo sobre lo que quiere Catalina Guzmán como mujer. Esto incluye el valor irresoluto del cual se armó para embestir contra su propio esposo. La narradora hace de ella un personaje antagónico, quien finalmente se sublevará contra Andrés. Solo con la muerte de este encontrará la felicidad o, por lo menos, la libertad de pensamiento, de hacer y de participar en espacios prohibidos para ella por mucho tiempo.

La narración presenta argumentos que, en conjunto, van siendo sistematizados en un juego complejo, que despeja toda incertidumbre con la muerte, muerte que transforma a la joven de quince años en una viuda cuarentona con posibilidades de amar en medio de una historia personal y una historia patria (la mexicana) caracterizada por ser una cultura patriarcal/

nacionalista que empezaba a dar cambios muy lentos, pero significativos para la mujer y los nuevos espacios de conquista.

CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA FEMINIDAD EN LA NOVELA *ARRÁNCAME LA VIDA*

Las mujeres, desde el enfoque de los estudios de género, han sido estudiadas por diferentes disciplinas que tratan de dar cuenta sobre algunos aspectos que sugieren analizarlas como sujetos históricos, los cuales presentan y reclaman una forma de organizar su pensamiento y actuar dentro de una sociedad que muchas veces inclina la balanza más del lado masculino. Así, el género femenino, dentro de los estudios sociales, es discusión viva y fluctuante que interesa a la historia, el arte, la literatura, la medicina, la estética, la sociología, la psicología, la antropología, entre otras disciplinas.

A estas disciplinas (que generalmente intentan responder desde la integración de saberes) les concierne estudiar, en muchos casos, la situación económica y política, el estatus, los roles y la representación social de la mujer. Interesa comprender sus creencias, valores, sentimientos, pensamientos y hasta su evolución biológica, como elementos que repercuten desde lo íntimo en lo público, y que comprometen el desenvolvimiento de ésta en la sociedad, pues desde una mirada oblicua se construye una feminidad que, muchas veces, ha estado marcada por intersubjetividades que hacen de la mujer un ser endeble y lleno de dudas e incertidumbre. Esta idea se halla presente en la novela *Arráncame la vida*, donde se ve cómo se construye una feminidad desde espacios de la opresión, la fuerza bruta y el poder económico. La historia narra desde el comienzo cómo es raptada Catalina y abusada sexualmente, pero, hasta cierto punto, con consentimiento y beneplácito por parte de los padres de ésta. Dicho en palabra de la narradora:

Cuando acabó la semana me devolvió a mi casa con la misma frescura con que me había sacado y desapareció un mes. Mis padres me recibieron de regreso sin preguntas ni comentarios. No estaban muy seguros del futuro de sus hijos, así que se dedicaron a festejar que el mar fuera tan hermoso y el general tan amable que se molestó en llevarme (Mastretta, 1994, p. 6).

Entonces, la construcción social de la feminidad en la novela *Arráncame la vida* viene dada por la marca indiscutible de un dominio masculino, fuerte y sanguinario de un militar sobre una muchacha joven, pobre y con un padre poco resuelto a protegerla del destino machista y opresor de Andrés Ascencio. La sociedad del momento no consideraba necesario que la mujer ocupara posiciones públicas con evidencias de poder; por el contrario, la mujer y todo lo relativo a su feminidad estaba injustamente marcada por la impronta de un caudillo (en este caso), para quien, desde su posición brutal y bárbara, la mujer y todo lo que corresponde a su feminidad solo servían para adornar la casa y cumplir algún gravamen impuesto tradicionalmente por la sociedad. Las burlas, los desprecios y las humillaciones son las constantes del mundo que expone la narradora, que, además, es la misma protagonista, así que la cercanía de lo relatado con todo lo que se va construyendo a lo largo de la novela se hace más palpable en voz de la propia víctima, Catalina Guzmán.

LA FEMINIDAD ANALIZADA DESDE LA VISIÓN DE LA NARRADORA PROTAGONISTA

La narradora protagonista construye socialmente su feminidad desde un aprendizaje muy fuerte que le toca vivir. Así, la iniciación sexual tuvo que ser orientada por una gitana adivina, quien, con una lección totalmente inusual y poco ortodoxa, le enseña que todo el sentir femenino se encuentra en el clítoris: “me puse la mano en el timbre y la moví. Todo lo importante estaba ahí, por ahí se miraba, por ahí se oía, por ahí se pensaba. Yo no tenía cabeza, ni brazos, ni pies

ni ombligo (...) y sí, ahí estaba todo" (Mastretta, 1994, p. 7). Palabras que traducen un signo inequívoco de un deslastre de las sujeciones identitarias femeninas. Se demuestra, con este pequeño ejemplo, cómo coloca Mastretta, en voz de Catalina, el deseo de actuar y pensar como se cree que lo hacen los hombres, solo a través del sexo. Pineda (1992) sostiene que las mujeres "bajo el sello de lo privado, encubrían opresiones, insatisfacciones, sufrimientos y miserias" (p. 7).

Catalina Guzmán va construyendo socialmente la feminidad de una mujer atada a los preceptos de comienzos de siglo xx. Le interesa conocer la sexualidad para complacer al marido, aprende a cocinar y mantiene en orden la casa y al día los deberes domésticos, aspectos que caracterizan una feminidad con raíces de dominio y sumisión.

Según Egan (2006), se corresponde con lo siguiente:

Al principio, las lecciones que le proporcionan conocimientos a Catalina apenas se transfieren al campo del poder masculino: lo que aprende de la gitana acerca del placer sexual, sus lecciones de cocina, hacerse madre. Pero Cati saca provecho incluso de estos conocimientos, impone su voluntad sutilmente en la cama o en negocios con Andrés por un caballo, sirve el plato que menos le gusta a un odioso invitado de Andrés. No obstante, estos juegos femeniles son sólo un prelude al trabajo que Catalina hace en serio para informarse sobre los crímenes de su esposo. Al principio continúa como cómplice de éste por miedo de enterarse y del daño que él pueda hacerle (p. 89).

La novela refleja cómo pasa la mujer a un segundo plano en todos los ámbitos sociales. Lógicamente, la narradora presenta un tiempo ubicado en 1930, años de violaciones e injusticias, cuando la norma tradicional opta por mantener alejada a la mujer de toda presencia pública: su lugar es la casa, con los niños, esperando al esposo. Estos aspectos en el caso de *Arráncame la vida* están claramente presentes. Sin embargo, la narradora le da un impulso inesperado a la protagonista (pues de aquella muchacha de apenas quince años, arrebatada de su casa por un militar codicioso y sin ninguna moral): esta logra convertirse en la primera dama del estado, situación que la obliga a realizar actividades que se ubican fuera del hogar, permitiéndole asistir a fiestas, reuniones y cenas, expandiendo así su radio de acción y el poder que con la madurez va adquiriendo.

En *Arráncame la vida*, la autora busca configurar de manera astuta una cultura y un momento, en la confluencia constante de la relación de dominio del hombre con respecto a la mujer:

Yo preferí no saber qué hacía Andrés. Era la mamá de sus hijos, la dueña de su casa, su señora, su criada, su costumbre, su burla. ¿Quién sabe quién era yo?, pero lo que fuera lo tenía que seguir siendo por más que a veces me quisiera ir a un país donde él no existiera, donde mi nombre no se pegara al suyo, donde la gente me odiara o me buscara sin mezclarme con su afecto o su desprecio por él (Mastretta, 1994, p. 42).

El deseo de irse es el deseo de encontrarse, poseerse a sí misma. Ella supone que podía alejarse y construir su propia identidad, lejos de este hombre dominante, pero le fue imposible: sabía que su poder la alcanzaría hasta donde ella fuera. Ejemplos de esta forma de dominio y poderío del más fuerte sobre el más débil, abundan en la novela, puesto que la sociedad que se describe, la mexicana, al igual que otras, posee el rasgo distintivo de ser androcéntrica. Esto indica que el "hombre" es la medida de donde parte toda decisión trascendental: sea de gobierno, de derechos o de legalidad.

Asimismo, Andrés Ascencio toma partido en todo lo que la política le puede ofrecer. En este ámbito siempre deberá permanecer en un *afuera*, confinando a su esposa a un *adentro*, "el hogar", situación que no será aceptada de manera tan sumisa por la protagonista, quien

desarrolla deslastre de sujeciones identitarias, valiéndose de su posición de esposa del gobernador. Ella también tenía la potestad de participar de ese afuera. Además, la condición económica le permitía delegar las funciones del hogar a otras personas, para así poder conocer un mundo que no solo le pertenecía a su marido: también ella podía gozar de los beneficios materiales que le concedía su esposo; como lo señala Woolf (2008), “tener quinientas libras al año y una habitación propia” (p. 81) traerá la libertad. Esta posibilidad económica permitió que Catalina Guzmán conociera unos placeres edificados sobre el dolor, la amargura y la opresión.

Se puede aseverar que la novela *Arráncame la vida*, desde una historia íntima de un sentir marginal femenino, narra aspectos de una vida real; ficción que sirve de pretexto para ubicar los acontecimientos ocurridos en una década de principios del siglo xx, donde la mujer es condenada a la invisibilización, por las imposiciones despiadadas de un hombre obsesionado y ciego por el poder político, como lo expresa Cixous (1995):

A fuerza de leer esta historia que acaba bien, ella aprende los caminos que la conducen a la “pérdida” que es su destino. Una vueltecita y luego se va. Un beso, y él se va. Su deseo, frágil, que se sustenta en la carencia, se mantiene gracias a la ausencia: el hombre continúa. Como si no consiguiera tener lo que tiene. Dónde está ella, la mujer, en todos los espacios que él frecuenta, en todas las escenas que prepara, ella está en la sombra que él proyecta en ella (pp. 19-20).

Con la narrativa de Mastretta se puede observar una desdramatización del fin, que surge con una moral a la muerte: ella debe matar a su esposo, quien por mucho tiempo la mantuvo en cautiverio, para reconciliarse de manera consciente con la realidad, realidad que le fue negada mientras era víctima de un fingimiento y una constante re-presentación: fingir ser quien nunca fue, pues el destino la obligó a ocupar un estatus social para el cual nunca estuvo preparada.

Por otro lado, es importante ver que toda esta disertación tiene raíces que fundan un patriarcado. A decir de Serret (2008), no hay “un momento histórico en el que podamos fechar el surgimiento del patriarcado. La evidencia muestra que la subordinación social de las mujeres está presente en todas las sociedades conocidas” (p. 48). Este planteamiento lleva a afirmar que el patriarcado como forma de dominio ha sido culturalmente aceptado por los siglos de poderío del hombre sobre las mujeres y los niños. Ahora bien, para el caso que ocupa la atención, es propicio señalar que Ángeles Mastretta, en su novela *Arráncame la vida*, presenta un patriarcado del más categórico, humillante y determinante, cimentado en años de tradición e imposición masculina, donde la “ley del más fuerte” ha sido el arma que ha doblegado a la mujer por muchos tiempo, producto de una cultura.

LA MATERNIDAD EN ARRÁNCAME LA VIDA

La historia muestra a una madre que asume este rol sin estar esperarlo y sin siquiera saber cómo asumirlo. También hace mención de los cambios emocionales y hormonales de la mujer, y de lo que implica la maternidad: “Vas a tener tus días o ¿por qué amaneciste con esa cara de perro moribundo? A ver, tienes ojos de vaca. ¿Estarás de encargo?” (Mastretta 1994, p. 20). La novela *Arráncame la vida* expone una maternidad que corresponde al hecho mismo de la naturaleza biológica de la mujer. Así, Catalina Guzmán tiene dos hijos con su esposo; estos hijos son producto de su inexperiencia. Ella afirma en el relato: “Después de Verania nació Sergio. Cuando empezó a llorar y sentí que me deshacía de la piedra que cargaba en la barriga, juré que ésa sería la última vez” (Mastretta, 1994, p. 32).

La protagonista muestra una posición poco sumisa, sabe que la maternidad le cercena posibilidades de libertad. Esto demuestra que ella no está conforme con los cánones que la sociedad le impone a la mujer.

La maternidad en Catalina solo fue un artilugio para invisibilizarla; el sometimiento maternal como vía de dominio y patriarcado, pues la perspectiva androcéntrica, de forma sistemática, tiene como fin último ocultar a la mujer y cercar los espacios que esta pueda conquistar. La vía más expedita es por medio de la maternidad, principio que para la protagonista fue muy claro, pero esta no estuvo convencida, pues para ella las relaciones sociales (que por la época eran exclusivas solo para los hombres) poseían el atractivo de una imperiosa necesidad. El hecho maternal y la crianza de los hijos no la encasilló en el espacio doméstico, lo cual demuestra un temple que señala en la novela una impronta de deslastre de las sujeciones patriarcales.

Es propicio aseverar que, con el surgimiento de las nuevas repúblicas y el languidecer de los modelos de conducta de las mujeres, se incorpora en el discurso público aspectos femeninos. Así, lo masculino empieza a enaltecer y valorar las virtudes naturales de la mujer como “pureza” al estilo de la Virgen María, “fuerza moral” demostradas por las primeras maestras y enfermeras, pero también la “maternidad”, ya que la procreación le da continuidad a la especie humana. Esta última se ha transformado en una aña gaza que aún se mantiene.

Asimismo, estas virtudes son equiparadas con aspectos nacionales de patriotismo en sociedades que empiezan a desarrollar su independencia. Dentro de las analogías de orden político se pueden destacar “la Madre Patria” y “la Santa Madre Iglesia”, clichés muy útiles que enmascaran una condición patriarcal, para perpetuar la opresión femenina del momento, y que hasta ahora siguen siendo repetidos y citados. González-Ortega (2004) explica este fenómeno en relación a la literatura suponiendo que existe “un deseo por ejemplaridad doméstica, construida como topo de la mujer como nación” (p. 37).

Es un discurso nacionalista masculino de inspiración femenina, que surge a finales del siglo XIX y principio del siglo XX. Las reflexiones de este crítico se equiparan con la historia de la novela *Arráncame la vida*, donde la narradora expresa cómo ha hecho pensar la sociedad patriarcal que la maternidad es la salvación, inmiscuyendo a la “Santa Madre Iglesia” como catalizadora del pecado.

Se festeja una maternidad que, lejos de liberar una feminidad, atascada en los preceptos de finales de siglo XIX y comienzo de siglo XX, subordina la emancipación de la mujer, quien solo queda para organizar el *adentro*, sitio doméstico que la empequeñecía, disminuía y la obligaba solo a vivir “para los otros”, como lo ha expuesto Marcela Lagarde (1997). Catalina Guzmán personifica en esencia ese vivir para los otros. Aparte de hacerse madre biológica de los dos hijos de Andrés Ascencio, también le tocó criar cinco más, que su esposo, de manera inconsulta, le llevó a su casa, todos prácticamente de la misma edad que ella.

La época de la novela refleja el desconocimiento de la realidad maternal, situación que favorece “los cautiverios de las mujeres”. Culpabilizar al otro de la deformación corporal (producto del embarazo), del sufrimiento y del dolor, que en parte debe ser compartido, era una forma de catarsis de la protagonista, quien siempre tuvo claro no querer ser madre: era tan solo una joven que experimentaba su sexualidad y comenzaba a disfrutar de su cuerpo.

Andrés no volvió a tocarme dizque para no lastimar al niño y eso me puso más nerviosa, no podía pensar con orden, me distraía (...) pero Pablo se encargó de quitarme las ansias de esos tres últimos de meses de embarazo, y yo me encargué de quitarle la virginidad que todavía no dejaba en un burdel (Mastretta, 1994, pp. 21-22).

La maternidad es una forma de dominio simbólico, que viene dada por el orden económico de la sociedad patriarcal y la división sexual del trabajo como mecanismo de autorregulación del poder masculino, basado fundamentalmente en la lucha de clases. Esto incluye al género, que también extiende su manipulación hacia el poder político, pues en un gran número de culturas se piensa que la responsabilidad de criar a los hijos es exclusiva de las mujeres.

La posición represada de la mujer de principios del siglo xx conceptualiza una feminidad oprimida por un patriarcado que obedecía a dominios de poder brutal por parte del hombre, problema ampliamente discutido por las teorías de género, y aunque la lucha ha sido ardua aún existen rastros de esta forma de dominio y maltrato hacia las mujeres. La opresión masculina hacia la mujer ha extendido sus brazos y, en la actualidad, existe un patriarcado con rasgos más sutiles que los que caracterizaban las primeras décadas del siglo xx. Sin embargo, hoy día muchas situaciones planteadas en la novela son totalmente diferentes; en todas las esferas y ámbitos sociales los géneros han cambiado sus posiciones, sus cosmovisiones ahora son otras, tanto es así, que para los estudios de géneros está siendo efervescente e interesante el tema de las nuevas masculinidades.

El patriarcado, desde siempre, ha condicionado socialmente a las mujeres, especialmente en la forma subyugada de obediencia al hombre, viéndose limitada la feminidad por la división sexual del trabajo. La idea de esta forma de escisión social se ajusta a lo que cada una de las personas desempeña. Esto se ve reflejado en todos los ámbitos laborales, y con mayor fuerza e ímpetu, en los espacios públicos. Las mujeres de la novela están sometidas a un sistema patriarcal; por lo tanto, debían internarse en la cocina, ya que “de las mujeres depende que se coma en el mundo y esto es un trabajo, no es un juego. Ponte a picar toda esa fruta” (Mastretta, 1994, p. 17). Ejemplo literario que trasluce claramente cómo los límites y demarcaciones de las mujeres de principio de siglo xx las condenaban a sazonar, a cocinar o a encerrarse en un claustro, y si tenían algunos conocimientos y su condición social y económica así se los permitían, salían de su casa a enseñar a leer y a escribir o a cuidar a los enfermos, consolidando así las profesiones de las enfermeras y de las maestras.

DISOLUCIÓN DE LA MATERNIDAD, PASO AL EROTISMO

El erotismo en la novela *Arráncame la vida* se da como proceso desintegrador de la admiración que Catalina sentía por su esposo, producto del mismo desengaño que abrumba a la protagonista ante tanto despotismo por parte de Andrés Ascencio. La narradora lo presenta desde que es raptada para que conociera el mar; el sexo se transforma en un artilugio de su interés, a un punto que busca a una gitana para que le enseñe a “sentir”, tal como se aseveró al principio. En este pasaje, la protagonista da cuenta de su inexperiencia en el arte amoroso, pero desde las primeras páginas de la novela demuestra que, siendo aún muy joven, sabía que el sexo era para el placer, no solo para la maternidad. Más bien, ser madre fue un obstáculo para disfrutar de las dichas del erotismo y la sexualidad. La protagonista lo expresa de la siguiente forma:

tenía un espantoso miedo a parir. Él se iba con más frecuencia que antes. Salía de la casa solo y yo estaba segura de que a la vuelta se encontraba con otra mujer. Alguien presentable, sin un chipote en la panza y unas ojeras hasta la boca. Tenía razón. Yo no hubiera ido conmigo a ninguna parte. Menos a los toros donde las mujeres eran bellísimas y con las cinturas delgadas (Mastretta, 1994, pp. 21-22).

Entonces, el hombre no desea a su esposa porque empieza a engordar. Mastretta destaca cómo, culturalmente, han marcado mucho los estereotipos de belleza a la mujer y a todo el imaginario sobre la feminidad. Poseer una cintura muy estrecha la hace más bonita, más atractiva a los ojos del hombre, más provocativa y, por ende, más deseada sexualmente. Es un aspecto erótico que se puede ver como una sujeción maligna. Esta concepción sobre la belleza corporal femenina aun hoy día se mantiene, ligado a que el imaginario de mujer está asociado con la abnegación, la sumisión, la obediencia, la paciencia, el dolor y el sacrificio. Haciendo de la mujer y de su feminidad un sujeto asexuado, el disfrute del sexo es solo permitido al hombre; a la mujer se le ha expropiado su cuerpo; es necesario que tenga unas medidas estereotipadas, tal vez porque la naturaleza no ha sido benevolente con ella. Esta sujeción cultural le ha hecho mucho daño a la psique femenina, en especial a las más jóvenes, quienes buscan complacer los cánones impuestos por la moda, la publicidad y los concursos de belleza, generando una ola de mujeres inconformes con su naturaleza, ayudando a consolidar cada día más la industria de la cirugía estética.

La cultura ha enseñado por herencia y tradición que el cuerpo de la mujer es un medio de comunicación que transmite información. El cuerpo femenino, biológicamente, está confeccionado para la procreación, pero también para generar placer y goce en los hombres, mas no placer para sí mismas (esta afirmación hoy en día empieza a cambiar), aspecto que se ve claramente representado a lo largo de la novela.

Catalina empieza a desarrollar una doble moral con respecto a la relación con su esposo; primero, sabe que debe cumplir con lo asignado por la tradición y los valores socio-culturales: ser esposa, madre y mujer; y segundo, desea cumplir con ella misma, entra en contradicción continuamente, aspectos psicológicos que con toda seguridad muchas mujeres en la realidad han sentido y sienten, pues desean gozar los placeres carnales propios de la naturaleza y de las mismas exigencias del cuerpo y la mente.

La protagonista, en el desarrollo de su personaje, muestra una evolución como mujer y ejercerá su función sexual sin privaciones ni restricciones, dejará que su cuerpo guíe y signe todo lo que le agrada y le da complacencia. Así, la sublevación contra su esposo se da avanzando el relato:

Quítate ese vestido que pareces cuervo, déjame verte las chichis, odio que te abroches como monja. Ándale, no estés de púdica que no te queda. Me trepé el vestido y yo apreté las piernas. Su cuerpo encima me enterraba los broches del liguero. (...) Pero yo seguí con las piernas cerradas, bien cerradas por primera vez (Mastretta, 1994, p. 60).

Catalina Guzmán sabe que el erotismo y los placeres carnales no son pecaminosos. Busca gozar de su cuerpo tal como lo hace Andrés Ascencio con otras mujeres. Sabe que la equidad debe estar presente en todas las acciones que hombres y mujeres ejercen; esto incluye el sexo apasionado. A lo largo de toda la novela, la protagonista lucha por reinventarse a sí misma, construir una identidad. A continuación, un pasaje que describe el sentir femenino de esta mujer:

Buscamos un lugar entre los sembradíos. Nos acostamos sobre las flores anaranjadas, rodamos sobre ellas desvestiéndonos. A veces yo veía el cielo y a veces las flores. Hacía más ruido que nunca, quería ser una cabra. Era una cabra. Era yo sin recordar a mi papá, sin mis hijos ni mi casa, ni mi marido, ni mis ganas del mar (Mastretta, 1994, p. 127).

Esta idea le imprime un empuje trascendental a su vida y le da significación a su accionar y a su mente. Andrés Ascencio no supo controlar sus impulsos. Este hombre solo necesitaba una esposa que cumpliera con el hogar, escogió a la más joven y endeble, pero, a la vez, la transformó en la más fuerte, decidida y sexualmente más activa, la más capaz de darle fin a su vida.

Catalina sufrió despóticamente de un machismo, no obstante, fue el impulso que la ayudó a resolver el conflicto subordinación-independencia, sentimiento que nace desde la misma promesa de amor, ya que con una promesa empieza toda la historia de quien desde sus pensamientos aún pueriles creyó firmemente en aquel hombre que con astucia logró seducirla; pero ésta también quería ser seducida. Así, Perniola (2011) aclara: “no es posible reconducir el vínculo seductor-seducido a una relación de amistad o de enemistad; no se trata de amor ni de odio: acaso es la iniciación del seducido por el seductor una dimensión cuya lógica se impone con igual rigor para ambos” (p. 21). Más adelante, este pensador recuerda que los dioses, cuando eran seducidos, no llegaban a Roma como prisioneros, sino voluntariamente. Esto, de algún modo, le sucedió a Catalina: es la seducida, pero, en el fondo, una pulsión natural la conduce a irse con Andrés de manera voluntaria. Mastretta (1994) lo narra en la novela de la siguiente forma: “Y de veras me atrapó un sapo. Tenía quince años y muchas ganas de que me pasaran cosas. Pero acepté cuando Andrés me propuso que fuera con él unos días a Tecolotla. Yo no conocía el mar” (p. 4).

Al respecto de la seducción, que es la base de la promesa anterior al desengaño, la misma autora señala:

¿Qué es primero, la seducción o el deseo? Quizás van alternando sus hallazgos y equívocos. ¿Tras cuánto tiempo de anhelar algo, llega hasta nuestros ojos y nos rinde como una sorpresa? Ya creemos olvidado un deseo, ya no lo acoge nuestra piel, desde hace siglos que no cerca nuestra inteligencia, y vuelve un día como un milagro, justo como si irrumpiera en el primer momento en que lo deseamos. Extraña correspondencia la que existe entre los deseos y la seducción (Mastretta, 2003, pp. 37-38).

Se impuso la seducción por voluntad de la protagonista. Sin embargo, hay que resaltar que el hombre, desde su concepción machista y de dominación, es quien brutalmente arranca a la mujer y la arrastra con él. Según Valcke (2010):

Catalina Guzmán, la protagonista de *Arráncame la vida* de Ángeles Mastretta, es una “mujer de verdad”. En mi lectura de la novela tuve la sensación de hallarme ante un ser humano de mí mismo género y no ante un personaje literario femenino. Esta experiencia me hizo recordar el trabajo de Harold Bloom sobre Shakespeare, en el cual postula que el dramaturgo isabelino es el inventor de aquello que más tarde la teoría psicoanalítica describiría como personalidad (p. 99).

La fuerza que desarrolla Catalina es capaz de sacudir consciencias aletargadas y silenciadas de tantas mujeres, que padecen lo que significa vivir en una sociedad con preferencias claramente marcadas por la cultura. Esto impide que algunas mujeres no se atrevan a expresar su sentir, padecen una miseria espiritual brutalmente aniquilada por algunas mentalidades masculinas que las subordinan y las desplazan, para finalmente demarcarles un territorio pequeño, cerrado, donde son vistas como “el ángel del hogar”.

PALABRAS FINALES

Ángeles Mastretta, por medio de esta obra, vacía los símbolos culturales de dominio y opresión patriarcal, que recluyen a la mujer en condiciones de otredad, de marginalidad y de desigualdad frente a la fuerza brutal del hombre, disminuyéndola en todas sus condiciones, subestimándola hasta el punto de conducirla a cometer desafueros como infidelidad, abandono, descuido de los hijos y, finalmente, el crimen del tirano como salida inexorable de una prisión, de un destino que se construyó desde el mismo momento que conoció a este hombre estando con sus hermanos en un café.

La lógica binaria de posiciones patriarcales que muestran el poder del hombre versus la fragilidad y la inmadurez de una joven, es la forma más desacralizada del patriarcado. Esta forma de dominio superó cualquier modo de gobierno, pues como alegato fundamental postula que la mujer es una propiedad, con dueño, amo y señor.

Arráncame la vida muestra la neutralización de la mujer en un sistema patriarcal, ejemplo íntimo que se extiende a las esferas del dominio público, ya que la mujer, desde el insilio doméstico, muchas veces se convertía en una muda que solo escucha, su opinión no interesa. Se evidencia claramente la posición servil de Catalina al contraer matrimonio con este hombre de formación militar. Ella se transformó en su posesión, pues él la hace su prisionera siendo muy joven.

Este matrimonio tan repentino, improvisado e inconsulto le permitió a Catalina un nivel económico, pero, a cambio de la dureza y régimen de su esposo, que se levantaba muy temprano a dirigir, mandar y dar órdenes: "Andrés paso cuatro años entrando y saliendo sin ningún rigor, viéndome a veces como una carga, a veces como algo que se compra y se guarda en un cajón y a veces como el amor de su vida" (Mastretta, 1994, p. 18). Palabras que traslucen claramente la incertidumbre que rodea esta relación de dominio, la mujer invisibilizada como ente pensante, sin embargo, visibilizada como un objeto, un jarrón que decora la casa, una sirvienta que espera, una mujer para el uso sexual, una niña que pasa abruptamente a convertirse en un ser despiadado que busca su libertad, y, como camino inexorable de emancipación, la muerte del opresor le dará la autonomía por la cual luchó desde que fue arrebatada de la tutela de sus padres.

REFERENCIAS

- Cixous, H. (1995). *La risa de medusa*. Barcelona, España: Editorial Anthropos.
- Egan, L. (2006). "Tragicomedia de las transgresiones en *Arráncame la vida*". *Signos Literarios*, enero-junio, pp. 83-95.
- González-Ortega, N. (2004). *La novela latinoamericana de fines del siglo xx: 1967-1999: Hacia una tipología de sus discursos (Proyecto de investigación Nuevas Voces del Mundo Plural: Un estudio de las narrativas hispánicas)*. Oslo: Universidad de Oslo.
- Lagarde, M. (1997). *Los cautiverios de las mujeres: Madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Grijalbo.
- Mastretta, Á. (1994). *Arráncame la vida*. España: Alfaguara.
- Mastretta, Á. (2003). *El cielo de los leones*. México: Seix Barral.
- Perniola, M. (2011). *La sociedad de los simulacros*. Versión en español traducida por Carlo Molinari. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Pineda, E. (1992). "Propuestas emancipadoras del feminismo". *Iniciativa Socialista*, nro. 21, octubre.
- Serret, E. (2008). *Qué es y para qué es la perspectiva de género*. México: Lluvia Oblicua Ediciones.
- Valcke, C. (2010). *Perspectiva de género en la literatura latinoamericana* (tesis de grado). Colombia: Universidad del Valle, Escuela de Estudios Literarios.
- Woolf, V. (2008). *Una habitación propia*. Primera edición en español: 1967. Traducción Laura Pujol. Barcelona, España: Editorial Seix Barral.